

EN BUSCA DEL CENTRO PERDIDO

PARA hallar el centro de una circunferencia es preciso, en primer lugar, disponer de una buena circunferencia. Pero para disponer de una circunferencia es preciso, en primer lugar, tener un centro en el que clavar la aguda punta del compás. En esta primavera tenemos en España una buena floración de centristas. Pero la primavera es helada y la escarcha les cubre. Hasta el pedrisco. ¡Cuánta palabrota para los centristas! Pero no se arredran. Son centristas sin centro y, por lo tanto, sin circunferencia. Todavía no se ha producido la floración de los circunferencistas. ¡Qué escarcha, qué pedrisco les esperan!

El Centro, en política, es una metáfora (como la derecha, como la izquierda) y difícilmente se le puede estudiar fuera de ese contexto metafórico. No, es más metafórico, es más imaginario que la derecha y la izquierda, porque es una metáfora de la metáfora, puesto que se define como equidistante de algo que no se puede medir. Es el sueño de todo político. ¿Quién no se cree centrista en nuestro tiempo? Es el partido del sentido común, pero ya se ha dicho que el sentido común es el menos común de los sentidos. Sus aspiraciones están en la mayoría silenciosa, pero la mayoría silenciosa es otra simple metáfora. De los silenciosos, la verdad, no se sabe nada. Si lo son es por algo.

¿Qué nos enseña la historia —reciente— del Centro? Hubo un gran partido del Centro en la Alemania del Imperio y de la República de Weimar: estaba formado por católicos —los «papistas»— para luchar contra Bismarck, que realizaba una política protestante y desfavorecía a las minorías católicas, la política del Kulturkampf. Era un centro militante. Duró hasta 1933 y algunos de sus prohombres —Von Papen— resultaron ministros de Hitler. Hubo un Zentrum austríaco, creado a la imagen y semejanza del alemán, y dio paso al nazismo. Del Centro alemán nació en la posguerra federal la democracia cristiana de Adenauer: fue un eje de la guerra fría. En Francia asumió ese papel el Movimiento Republicano Popular, el MRP. Otra democracia cristiana: sus grandes hombres —Bidault— terminaron en la sedición en favor de la extrema derecha de la OAS y fueron expulsados por De Gaulle, que asumió la posición centrista. En Italia se llamó Centro a la democracia cristiana, y se la sigue

llamando en su coalición («centro-izquierda») con los socialistas. Poco a poco se inclina hacia la derecha.

Estos casos no forman precedente. En España, el centro aparece aristotélico pasado por Santo Tomás, como corresponde a alguna de sus figuras más destacadas. Por ejemplo, el profesor Fraga Iribarne y sus doctrinas de organización de la convivencia —la linterna mágica de Fraga—, que le sitúan como centrista-circunferencista. ¿Cómo sería el centro de Fraga? «Es un problema de espíritu, de una resurrección de la idea de comunidad. El proletariado habrá de ceder en su resentimiento y aspirar de verdad a convertirse en clase media. La clase media ha de dejar de mirar hacia arriba, de tomar el falso modelo de la alta burguesía, de vestir como no puede y de mantener modos de vida que han pasado. Ha de ser ella misma de verdad; entenderse unas familias con otras sin trampa ni cartón, con sus moderados pero suficientes ingresos; alternar con franqueza; olvidar el lujo; restablecer el ahorro; intercambiar servicios; renunciar al oro y mirar más hacia abajo que hacia arriba». (Manuel Fraga Iribarne, «Organización de la convivencia». Colección Acueducto. Madrid, 1961.) «España se está acercando a un punto clave de su Historia. Estamos asistiendo de algún modo al final de un periodo y al comienzo de otro. Podemos distinguir por encima tres actitudes políticas fundamentales: el inmovilismo, basado en el transcurrir de ciertos años en que nada parecía afectar a la sociedad; otra actitud progresista, de los que pretenden que hay que partir de cero en todo e intentar otro 14 de abril del 31, y una tercera actitud que yo he defendido siempre: la de los que no creen en la primera ni en la segunda, ni en una ni en otra; la de los que creen que cuanto hay es un magnífico cimiento para seguir construyendo cosas nuevas». (Manuel Fraga Iribarne, declaraciones a Alfonso Paso, «Gaceta Ilustrada», 1970.)

Pero los centristas españoles están siendo acusados, ahora, de que quieren partir de cero. Quienes les acusan tienen un buen respaldo, el de otro profesor, algo distinto en sus ideas doctrinales a Manuel Fraga Iribarne: Mauricio Duverger. Para Duverger, teórico de la política, el centro es «el grado cero de la política. En teoría, el centro es el pa-

raiso misterioso en el que concuerdan conservadores y liberales, aristócratas y burgueses, patronos y obreros, capitalistas y socialistas, oprimidos y opresores, derecha e izquierda. Como San Pablo, el centrista siente dos hombres en sí; pero viven en armonía perfecta, pese al carácter rigurosamente contradictorio de sus pensamientos, de sus deseos, de sus intereses».

¿Tiene cada uno de nuestros centristas dos hombres contradictorios en sí mismo? Quizá tenga algunos más de dos. No es difícil. Han tratado, durante tanto tiempo, de adaptarse a la forma del recipiente que les contenía y ha tomado este recipiente tan diversas formas, que su drama puede ser el del camaleón en una tela escocesa.

Aun dentro del centrismo, ¿cómo el hombre puro no se sentirá atraído unas veces por el centro izquierda, otras por el centro derecha, e incluso por el centro centro? ¿Hasta qué paranoia podrá ser arrastrado? Quizá, para la salvación de lo que llamaríamos su alma terrenal, su alma psiquiátrica, hay un contrapeso dentro del centrista que determina siempre su estancia como hombre. Oigamos el dictamen de Duverger: «El centro es siempre un disfraz de la derecha incluso cuando se sitúa —lo cual es raro— verdaderamente en el centro».

¿Serían nuestros centristas de hoy un reflejo retardado del moderantismo español del siglo XIX? Admirablemente retratado por José Antonio Gómez Marín («Las contradicciones del moderantismo español», Revista de Occidente, número 104, noviembre de 1971), aquel moderantismo, aquel centrismo sería, en frase de Valera (¿no lo parafrasea hoy Fraga en el párrafo antes citado sobre el proletario, la clase media y la alta burguesía?), esta expresión personal: «No hay nadie menos a propósito para ser revolucionario que yo; por mi idiosincrasia, por mi modo de ser, por mi carácter, yo no tengo nada de revolucionario, nada de demócrata; al contrario, no hay nada que me repugne más que cierto género de igualdad; yo no creo que exista en la naturaleza, pero soy eminentemente liberal, no lo puedo remediar».

¡Cuánta pregunta de hoy responde el siglo XIX! Pero confiemos en que las respuestas mal. Aquel moderantismo acabó mal. ¿Por qué ha de acabar mal este centrismo, que ni siquiera ha empezado? ■ POZUELO.